CULTURA EN TIEMPOS DE GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL

Nélida Perez Hernández*

El tema referido a la relación entre globalización y cultura viene cobrando fuerza expansiva en diversos sectores, sea el intelectual, académico, artístico, político, gubernamental y en los Organismos Internacionales.

Globalización y cultura, binomio contemporáneo, viajero incansable de un mundo más mediático. Controvertido tema en cuanto podemos plantearnos.

- ¿Qué de nuevo encierra la relación cultura y globalización?
- ¿Cuáles son los agentes más dinámicos del proceso de globalización cultural en la actualidad?
- ¿Cómo se entrelaza la cultura al desarrollo en tiempo de globalización neoliberal?

La globalización debiera ser abordada no tan solo como concepto, sino como apreciación de un proceso vivo en perenne movimiento, como fenómeno económico, social y político, entrelazado al desarrollo cultural de las diferentes naciones, grupos sociales y etnias, las personas y la sociedad en su conjunto.

En este sentido, la globalización de la cultura encontró con el desarrollo del capitalismo y su tendencia a la internacionalización y el desborde de las fronteras nacionales, un motor impulsor de mayor potencia que en otros sistemas sociales anteriores.

Con la Conquista del Nuevo Mundo o más propiamente, con el Encuentro entre Diferentes Culturas, la globalización cultural recibió un particular impulso histórico cuando los europeos arribaron al Nuevo Mundo desconocido y junto a las apetencias por el oro, el enriquecimiento súbito y la exacción a los que llamaron indios, trajeron su cultura y ella se entrelazó con la cultura de las sociedades y grupos humanos existentes en América, algunos de ellos con un desarrollo científico en importantes campos del conocimiento, un desarrollo urbanístico y una cosmovisión cultural superior a los europeos.

Y así, en la medida que fueron siendo conquistadas nuevas tierras, e iban entrelazándose regiones que se sumarían posteriormente a otras, se contribuyó a la conformación de una concepción más global del mundo de entonces y al conocimiento e intercambio con culturas diferentes a las conocidas hasta el momento.

Lamentablemente, la conquista de América que por un lado favoreció el conocimiento de otras culturas desconocidas, no asimiló la enorme riqueza creadora,

* Instituto Superior de Arte de Cuba.

ni el esplendor artístico desplegado, ni los nuevos conocimientos y visión del mundo, que pudieron haberles aportado dichas culturas a los europeos.

La colonización significó un frustrante proceso de mutilación, castración y desprecio de las fuerzas coloniales hacia las culturas de la época precolombina.

No obstante, el entrelazamiento de regiones tan distantes culturalmente entre sí como Europa y América, fue una proeza genuina para quienes hoy en día medimos más la distancia por el tiempo que demora un fax o un correo electrónico entre ellas, que por la distancia espacial que las separa.

En esa época de grandes limitaciones del conocimiento humano y de oscurantismo religioso, en que la verdad de la ciencia era aplastada por la fuerza de la Iglesia, la colonización europea tuvo un importante rol en el gradual proceso de acercamiento mundial entre las diferentes culturas y este no hubiera sido posible, si en la esfera de las comunicaciones no se hubiera alcanzado un nivel de desarrollo superior respecto al de la etapa precedente.

El conocimiento acumulado en las técnicas de navegación y en la construcción de naves marítimas, fue sin dudas la base tecnológica que posibilitó la mundialización de diversas culturas y el conocimiento entre ellas.

El proceso de globalización al que hoy asistimos, tiene su base en la naturaleza misma del capital y su tendencia a la internacionalización. Pero el proceso de globalización, asumiéndolo como un proceso de interpenetración e interdependencia de las economías nacionales a escala mundial, no es un fenómeno en abstracto, ni supranacional, sino que está ocurriendo en países concretos.

El hecho insoslayable, de que la globalización de la economía mundial ha tenido como escenario de operación, sociedades concretas que involucran a diferentes sectores, grupos humanos e individuos, diferenciables entre sí por sus creencias religiosas, tradiciones, costumbres, hábitos de vida, sistemas de valores ético-morales, etc., significa, que este proceso no ocurre al margen de la cultura, más bien interactúa con ella y en ella proyecta su dinámica de movimiento.

Pensar en la extensa obra cultural de la humanidad y en la extensa creación artística heredada a lo largo de la historia de la evolución de la especie humana, que ha logrado trascender el tiempo y el espacio, nos invita a reflexionar sobre la globalización en la cultura como permanencia de la creación humana a nivel mundial, a nivel universal.

De ese modo, el arte, el genuino, el que representa los más profundos sentimientos humanos y los valores más auténticos de la esencia humana, no tiene fronteras, ni propiedades individuales, es Patrimonio de la Humanidad.

Generaciones a lo largo de estos dos últimos siglos han escuchado con deleite la 9na. Sinfonía de Beethoven y a todas ellas, por encima de sus diferencias, ha logrado transmitirles su aliento de alegría, de optimismo, de fe en el mejoramiento humano.

La cultura, que encierra al arte y que además abarca el legado del conocimiento humano, el sistema de valores ético-morales, las tradiciones, costumbres, gustos, creencias religiosas, concepción del mundo y su ideología, tiene un carácter complejo y contradictorio.

Debemos entonces centrar el debate no en la relación entre cultura y globalización, dado que ésta ha estado siempre presente en el desarrollo de las sociedades humanas.

El debate de nuestros días debe focalizarse en la manipulación que el neoliberalismo ha dado a la globalización en la actualidad, aprovechando al máximo las ventajas y oportunidades del descomunal desarrollo tecnológico ocurrido en las comunicaciones y en particular en la tecnología de la información, que con la digitalización incorpora un elemento cualitativamente nuevo que le da connotación trascendental.

En las últimas décadas de este siglo XX, a punto de finalizar, el Neoliberalismo, – versión moderna del liberalismo que vino al mundo en el siglo XVIII ha basado su dinámica de funcionamiento en la apertura económica y la dominación transnacional.

Según la política neoliberal, para que una economía funcione debe cumplir varias condiciones y entre esos requisitos básicos, se encuentra la reducción del papel económico del Estado y la liberalización de los mercados.

De este modo, numerosas funciones o actividades que por su importancia social respondían a la égida estatal fueron traspasadas al sector privado.

En esa suerte de carrusel el sector cultural ha venido siendo desplazado de la esfera estatal a la privada en numerosos países. Esto ha provocado, que no sean las políticas culturales las guías del avance cultural enmarcado éste en una concepción coherente de desarrollo, sino intereses privados que se mueven en búsqueda de elevadas ganancias.

Es evidente, que el eje fundamental en torno al cual gira el proceso de invasión del capital privado en la esfera de la cultura son las nuevas tecnologías en el sector de las comunicaciones y la informática.

Las tres ramas principales que abarca la industria de las comunicaciones son las telecomunicaciones, la tecnología de la información y los productos audiovisuales.

Estas nuevas tecnologías han sido integradas a redes unificadas e interconectadas de modo tal, que las sociedades actuales han visto transformarse en un breve período de tiempo, las condiciones y los medios de producción, las formas de distribución y estilos de consumo.

Las nuevas tecnologías refuerzan cada vez más la tendencia en el mercado de la cultura, al liderazgo de las industrias culturales las cuales constituyen, *el conjunto de ramas, segmentos, y actividades industriales productoras y distribuidoras de mercancías con contenidos simbólicos, concebidos por un trabajo creativo, organizadas por un capital que se valoriza y destinada finalmente a los mercados de consumo, con una función de reproducción ideológica y social* (Zallo, 1988).

Las industrias culturales no son más que industrias de tipo capitalista porque su objetivo se dirige a la valorización del capital invertido. En este sentido, su tendencia es a la serialización del producto cultural, en la búsqueda de menores costos y altas ganancias.

En este contexto de creciente concentración de la propiedad basada en los preceptos neoliberales, la televisión constituye un importante industria cultural, susceptible de ser atractivamente comercializada.

Ante la política de *desregulación del sector de los medios*, la radiodifusión pública ha visto perder cada vez más espacio. Significa que en un medio cada vez más competitivo, el capital privado, mediante la utilización del cable y el satélite, incrementa el número de horas de transmisión televisiva, con el rasgo distintivo de que la hegemonía la ejercen los programas de entretenimiento, en detrimento de los culturales y de formación de valores.

El Reino Unido y Estados Unidos son los países de mayor dinamismo en ese proceso de desregulación, pero es precisamente Estados Unidos el líder del mercado cultural a nivel mundial en el proceso de actual globalización cultural en tiempo de neoliberalismo.

El mercado de películas y programa de TV, con predominio de la programación de entretenimiento es controlado por Estados Unidos. Las compañías norteamericanas controlan:

- 50% del cine mundial;
- 75 - 80% de la circulación de programas de TV;
- más del 70% de la circulación de videos;
- 50% de los satélites de comunicación;
- más del 60% de las redes mundiales;
- 75% de Internet.

Los programas de TV importados por Iberoamérica proceden en 79% de Estados Unidos. En América Latina del total del tiempo de transmisión de las estaciones y canales televisivos, los Estados Unidos cubren entre el 50% y el 80%.

Según información ofrecida por la UNESCO a principios de 1998, con relación a la dependencia del audiovisual se observa:

- Que los países de Asia, Africa y América Latina importan del 30% al 80% de los programas de televisión y video.
- En el caso de los seriales, la ficción y los dramatizados alcanzan del 70% al 90%, en Chile es de 92%, Colombia 72% y México 72%, a pesar de la fuerte industria del audiovisual de estos dos últimos.

Es obvio, que el control que ejerce Estados Unidos sobre el mercado le posibilita una influencia cultural directa tanto en los países subdesarrollados como en los altamente industrializados.

Es importante destacar, que la industria cultural no se detiene en los límites del mundo audiovisual, sino que se extiende a otros ámbitos de la cultura, como son los alimentos, el lenguaje y la ropa; mediante el incremento de bienes y servicios standarizados de nuevo tipo que colonizan los espacios asociados a las costumbres, valores y tradiciones de los diferentes países y regiones del mundo.

La industria cultural norteamericana es una incansable fabricante de imágenes, mensajes, gustos y valores del modo de vida norteamericano.

Esta *cultura de masas* es, en el plano ideológico, la información genética de reproducción del sistema de vida norteamericano.

Las imágenes que hoy ofrece el sistema de vida norteamericano de los años 90 se caracterizan por la más cruda violencia, la drogadicción, la prostitución, el racismo y lo más triste y denigrante de la condición humana, la pornografía infantil, antes que las imágenes del *American Way of Life* del norteamericano próspero, amante esposo y padre de familia, de linda casita con jardín al frente y buick parqueado ante ella.

La influencia de la industria cultural norteamericana es negativa y su mensaje pseudo cultural amenaza la identidad cultural y la soberanía nacional de los diferentes países y grupos humanos a nivel mundial, dado que el control del mercado y los medios de operación que emplea, no reconocen fronteras, tiempos, ni distancias.

A lo largo del tiempo han existido numerosas definiciones de cultura que han respondido a diversas elaboraciones teóricas, posiciones ideológicas o de clases. Ha sido un concepto de gran amplitud y enorme ambigüedad. Coincidimos con el criterio ofrecido por Rigoberta Menchú, Premio Nobel por la Paz, en Brasil, en ocasión de la Cumbre Regional para el Desarrollo Político y los Principios Democráticos, en 1997, cito:

“...entender la cultura como todo cuanto ha sido creado por un grupo humano o sociedad determinada. Así la cultura engloba el idioma, con conocimientos científicos, instrumentos de trabajo, formas de producir, formas de convivencia y relacionamiento en la sociedad... las formas de organización social, la creación artística, la forma de vestir, la religión etc... Dentro de la cultura tiene un papel esencial el conjunto de ideas y valores que se denominan cosmovisión, es decir, la concepción que se tiene del mundo de las cosas, de la vida y de la muerte... Todos estos elementos que conforman la cultura son los mismos que moldean la identidad.”

La globalización de la cultura no es una simple resultante, consecuencia deseada o no, de la aplicación a gran escala de la revolución tecnológica, que parece permitir el establecimiento de nexos que articulan de modo flexible, las dinámicas de lo local, lo nacional y lo regional llevado a rango mundial, mediante interpenetraciones mutuas de la cultura.

La globalización de la cultura es en la actualidad de modo preferente, una manipulación ideológica más del neoliberalismo por la vía de la tecnología en el área en que se define la identidad de las naciones y grupos humanos: la cultura.

La propuesta del neoliberalismo, como forma única de pensamiento es congruente con la tendencia a la homogeneización de códigos culturales por un lado y el empobrecimiento de la vida espiritual mediante una crisis generalizada de valores – incluso, los defendidos por la clase dominante. Identificarse con sus mensajes, aceptarlos o incluirlos en el modo de vida local o nacional, es alejarse del elemento autóctono, diferenciador, que define la anatomía de los pueblos.

Por otra parte sería comulgar con el culto al mercado, y con la entronización del individualismo, con la ética de sálvese quien pueda.

La diversidad cultural y la creatividad de los pueblos, el pluralismo étnico, el intercambio cultural y la solidaridad humana son meros obstáculos para la reducción de los costos, la valorización del capital y la concentración de la propiedad.

La cultura en tiempos de globalización neoliberal es una vía más de diferenciación entre el grupo de países liderados por Estados Unidos, que producen y distribuyen los filmes, videos, juegos computarizados y programas de TV y aquel otro mayoritario conjunto de países, carentes de la infraestructura tecnológica e informativa – cultural, que no tiene posibilidades de efectuar inversiones inmediatas de capital para transformar su base tecnológica, quedando reducida a la condición de sujetos de consumo.

Tan sólo un ejemplo, Africa en 1995 como promedio tenía 1 línea telefónica por cada 100 habitantes. En Tokio o Manhattan hay más teléfonos que en toda Africa. Sólo 4 de cada 100 africanos tiene receptores de TV.

¿Cómo entonces puede ser el futuro de los pueblos subdesarrollados desprovistos de la infraestructura tecnológica necesaria y lo que es peor aún, desprovistas de políticas culturales que protejan y defiendan su identidad nacional y sus soberanías nacionales ante el impacto desculturalizante de la globalización neoliberal?

Ante un panorama tan complejo, y, aparentemente apocalíptico, la relación cultura y desarrollo puede ser una alternativa de propuesta para la defensa de la identidad y soberanía nacionales, en aquellos países que no poseen un alto desarrollo tecnológico en materia de comunicaciones e informática. Cuando se habla de cultura y desarrollo es pensar una interrelación viva; que debe partir de una concepción del desarrollo, más peculiar, diferente; concepción del desarrollo que debe tener como premisas esenciales:

1. El desarrollo de los seres humanos en todas sus potencialidades y capacidades por lo cual debe ser reconocidos y respetados los derechos esenciales a:
 - a) Nacer y a una infancia segura y protegida tanto por la familia, la sociedad y el Estado.
 - b) Acceso a los servicios médicos y la medicina.
 - c) A la enseñanza gratuita en los diversos niveles.
 - d) A su desenvolvimiento espiritual mediante la posibilidad de expandir sus actitudes creativas.
 - e) Al desarrollo de la creatividad cultural, entendida no sólo en términos artísticos sino también en la ciencia y en la técnica.
 - f) El derecho al trabajo y a una vivienda decorosa.
2. El derecho al reconocimiento de la diversidad cultural y el pluralismo étnico.
3. Derecho a que el enriquecimiento de unos pocos no se traduzca en un crecimiento ilimitado de la pobreza, la marginalidad el desempleo y la inequidad social, como prácticas de la vida cotidiana.

4. Que el concepto de desarrollo no se limite a los éxitos de un conjunto de indicadores macroeconómicos sin tomar en consideración la justicia y la equidad social, y por tanto el desarrollo cultural de la población expresada en su calidad de vida.
5. Que el desarrollo sea un proceso conscientemente dirigido por las personas, ajustado a las leyes que rigen la economía y la sociedad, y no a las leyes ciegas y discriminatorias del mercado, que marginalizan y empobrecen a amplios sectores de la población.
6. Que el desarrollo debe promover y actuar en la conservación y protección de medio ambiente frente a las fuerzas que en búsqueda de intereses individualistas, lo destruyen, poniendo en peligro la sobrevivencia del planeta y la existencia humana.
7. Que el concepto de desarrollo descansa en una sólida y real igualdad de géneros, que haga valer la igualdad de las mujeres a la de los hombres ante la vida.
8. Que el concepto de desarrollo esté basado, en una política económica sustentada en el reconocimiento a la dignidad plena de los seres humanos.

Este enfoque y práctica del desarrollo permitiría que la cultura a nivel nacional se convirtiera en un eje articulador y dinamizador del proceso de reproducción económico y social; y en términos internacionales; que la cultura conserve su papel de intercambio de experiencias, conocimientos, vivencias, expresiones artísticas y solidaridad humana.

Significaría, que el crecimiento económico conduzca a un verdadero desarrollo a través de la cultura, medido este por la elevación en la calidad de vida y el desarrollo espiritual de los hombres y mujeres de los diferentes grupos humanos que componen la sociedad.

Sólo entonces se haría válido un desarrollo sustentable y promotor de la cultura y una cultura articulada al crecimiento económico creadora y estimulante del desarrollo.

Estaríamos entonces celebrando el triunfo de la relación entre cultura y desarrollo, con un nuevo criterio de la dimensión humana.